

Mi amigo y yo

ME ACUERDO de la primera vez que lo pasé. Iba al trabajo, como un día cualquiera, ya pensando en la lata que ha sido mi vida. Día tras día de procesar información que no me importaba para nada me hacía pensar... la vida debería ser más que eso, ¿verdad? Pero la imagen interrumpía esos pensamientos mientras yo andaba por la sucia banqueta en camino hacia mi oficina. No, no me detuve la primera vez que lo pasé. Solo anduve más lento para estar seguro de lo que estaba viendo.

En el trabajo, era todo en lo que podía pensar, y estaba completamente bien con eso. Nunca había visto algo tan, supongo, grotesco, sería la palabra. Tampoco habría podido crear esta imagen por mi propia voluntad. ¿De verdad le faltaba la cabeza?

¿Cómo llegó allí? ¿Se murió naturalmente? ¿Fue asesinado? Las preguntas ahogaban mi mente, pero no podía contestarlas. Pasé el día mirando el reloj, con ganas de irme para poder volver a pasarlo. Mi vista nunca ha sido buena, pero entorné mis ojos hacia la esquina para ver que el reloj dijera 5:30. Era la hora.

Me escapé del trabajo con un nuevo entusiasmo por la vida. Caminé vivamente hacia el sitio, con la esperanza de que nadie lo hubiera molestado. Me sorprendió que estuviera allí y completo, menos la cabeza, yo creo. La verdad es que no estoy seguro de la cabeza. De hecho, el cadáver estaba yaciendo en un montón de arena, la cual parecía venir de un hoyo pequeñito en la banqueta. Siempre suponía que la cabeza, si hubo una cabeza, estaba en ese hoyo. Un grupo de hormigas rojas estaba consumiendo el cadáver como si nunca hubieran comido. ¿Es posible que nadie más haya visto esta monstruosidad? Inseguro de qué hacer, me fui a mi apartamento.

Decidí que quería tocarlo. Necesitaba saber más. Pensé en varias escenas antes de dormir esa noche. La próxima semana me desperté tarde. En la conmoción de tratar de llegar a tiempo al trabajo pasé a mi nuevo amigo sin darme cuenta. Todo el día me sentí... disgustado. No con la imagen de muerte que llenó mi cabeza, no: con el hecho de que, sin saludar, pasé a mi amigo. “Está enojado conmigo, estoy seguro”, pensé. “Lo ignoré totalmente. Va a desaparecer... alguien lo va a encontrar y lo va a quitar de la banqueta.” Era un día miserable. No quería salir de la oficina a las 5:30. Tenía miedo de lo que me esperaba” o mejor dicho, de lo que no me esperaba.

¡Estaba allí! Con toda su gloria estaba allí. No lo toqué por varias razones. Precisamente, no quería infectarme con alguna enfermedad. Creo que él querría lo mismo. Además, las hormigas estaban hambrientas y hubo tantas que casi no podía ver a mi

amigo. Pisé muchas hormigas que estaban cerca del cadáver. La escena se veía como las secuelas de una guerra. Trataba de proteger a mi amigo de estos bichos, pero me era imposible. Había tantas. Buscaba la cabeza pero mi vista nunca ha sido buena. No la encontré. Después me fui a mi apartamento, exasperado.

El próximo día llegué bien tarde a mi trabajo. No le explique el por qué a mi supervisor, pero paré en frente de mi amigo para mirarlo y comerme el desayuno. ¡Cómo se fue el tiempo! Le dejé algunas migajas en caso de que no fuera un cadáver; por supuesto era un cadáver, porque la carne se estaba pudriendo, pero por si acaso. No le di una explicación a mi supervisor porque es un secreto entre mi amigo y yo. Después de hablar con él, fui a mi silla y empecé a pensar. Me pregunté, ¿si tuviera un nombre, cómo se llamaría? Pero yo no lo nombré, eso sería una falta de respeto.

Los siguientes días miré a mi amigo y su decadencia. Empecé a obsesionarme. Quería ayudarlo, pero ¿con qué? No se puede pelear al tiempo porque él siempre gana. Podía llevarlo a otro lugar, pero ¿adónde y cómo? El riesgo era tan grave. Observé las hormigas rojas, un poco más gordas ahora. Mi amigo disminuía gradualmente, la cabeza todavía no estaba presente (¿o era mi vista?). ¿Ya la devoraron las hormigas? La idea me daba asco, pero quería y no quería saber lo que pasaba a la vez.

Un día cuando llegué a la oficina mi supervisor me despidió. Básicamente, dijo que yo no había hecho nada en las últimas semanas. No estuve feliz ni triste. Supongo que estuve indiferente a la situación, o quizás, después de pensarlo, feliz. Ya no tenía que perder el tiempo en ese puesto olvidable y, más importantemente, podía darle a mi amigo la atención que se merecía en sus últimos momentos. Empecé a sentarme en una banca cerca de él para pasar los días. No hacía nada. No quería interrumpir el trabajo de la naturaleza y tampoco era Dios. Miraba. Miraba a las hormigas rojas y pensaba que a lo mejor se estaban alimentando para prepararse para una guerra con las hormigas carpinteras. No. Esta idea era infantil y no me hizo sentir mejor.

En ese momento tuve una idea que se convirtió en mi misión. Tenía que encontrar y matar a la reina. Si lo hacía, las demás se irían y mi amigo podría descansar en paz. La busqué con una esperanza invencible pero no la encontré. Sabía que era la hormiga con alas, pero la colmena se ubicaba debajo de la banqueta. Además de eso, había demasiadas hormigas y no quería que me raptaran y me comieran como lo hacían con mi amigo. Fracasé. Mi amigo me decía que tenía buenas intenciones, pero fracasé de todos modos.

En la siguiente semana mi amigo desapareció rapidito. Las hormigas eran feroces y sanguinarias, un reflejo de su color. Le dediqué todo mi tiempo a mi amigo. Nadie quiere morir solo (aunque ya se había muerto). Un día llegué a la banca, pero ya era tarde. Las hormigas probablemente hicieron de él un banquete anoche. Ellas también se fueron, inevitablemente, en busca de carne fresca. La única cosa que dejaron fue una triste pluma gris en el hoyo. Una pluma restante para recordarme de lo que estuvo allí: algo que me dijera que esto no fue un sueño.

En retrospectión me doy cuenta de que ésta era mi oportunidad de hacer algo diferente y no lo hice. Y ahora, ¿qué tengo? Estoy sin trabajo, sin amigo... la vida vuelve a ser una desilusión.

Daniel Arbino
University of Minnesota

Crítica

Los cuentos tienen el superpoder de tratar las cosas comunes y corrientes con el filtro de lo insólito. Este cuento no sólo alarga y enriquece por varias páginas una sensación vaga e inane, sino que también la convierte en un acto de complicidad con un secreto que sólo lo sabrá quien arriesgue todo y lea hasta el final. El lector, suspicaz y maltratado por los medios y décadas de imágenes insólitas, piensa en lo peor, en lo más torcido y degradado. Este es un punto para el escritor ¿Qué es lo que oculta esta malintencionada voz narrativa? Pero al final, como con cualquier muestra de este género literario en peligro de extinción, la pregunta “qué” no es lo que importa, sino “¿por qué?” ¿Por qué contar una historia sobre una obsesión destructiva hacia un nimio objeto que para otros no marca el mismo sentido? Después de leer el cuento en su totalidad y empaparse de la personalidad patológica (aunque terriblemente familiar para muchos) del narrador, el lector puede responder a este cuestionamiento con un muy propio paquete de razonamientos personales. Mi paquete, hinchado y feo por tantas lecturas tan diversas y cuantiosas, me pesa y me impide ver con ojos limpios las manifestaciones de un género que cede cada vez más ante las formas hegemónicas de expresión artística. Hagamos, pues, este párrafo crítico un espacio en el que reflexionamos sobre el futuro y destino del cuento. Yo, forzando la trama de “Mi amigo y yo”, podría identificarme con el personaje central, pero vería el cadáver de la cuentística mundial pudriéndose en la banquetta como la podre de Baudelaire. Ven, amada, conmigo al prado, y veamos la perra abierta que hierve de gusanos y que se parece a lo que serás tú un día, Oh flor de los caminos. El poder de una digresión casi perpetua y en los límites de la neurosis de todos los días. Ese es el poder mutante de este cuento.

Carlos Mal Pacheco
The University of Arizona